

En Lenzerheide

(Una mirada casi política)

Pensar las diferencias

Entramos otra vez a pensar en el Nietzsche de la transvalorización de los valores, su definitiva composición libertaria, ocupada en la delimitación del mundo nuevo que habrá de construir.

Toda esta transvalorización fue ordenada en una laboriosa formulación, planteada en los últimos tres a cinco años de lucidez; fueron años de creación tormentosa, como algunos los han llamado, los años de composición genealógicos y críticos lacerantes para con los valores de la modernidad.

El Dios había muerto y quien caía era el Dios moral, el Dios cristiano, como expresión de sumo ente, creador de la mística del rebaño, que para Nietzsche daría paso a la edificación de los tiempos del superhombre, nacido desde el nihilismo de los valores reemplazados.

Si Dios ha muerto, los seres del devenir habrán de ser otros, con valores diferentes; de una moral distinta a la fijada por la moral religiosa-burguesa vuelta contra ella contra el cristianismo, contra su fe. Así la fe en la verdad diseña, en tiempos distintos el derrumbe de la verdad de la fe.

Diez años antes de su silencio en *Humano, demasiado humano*, dejando atrás sus viejas ideas morales, unidas a la metafísica de Schopenhauer y a la música de Wagner, ha de producir la desmitificación de los valores morales, rompe con todo desdoblamiento idealista del mundo, buscando la esencia verdadera del mundo.

Así en su epígrafe 25 de su parte primera, nos decía que “desde que cesó la creencia en que un Dios dirige la totalidad de los destinos del mundo y en que, a despecho de todas las curvas en el camino de la humanidad, los conduce como amo hasta el fin, los hombres deben proponerse fines ecuménicos, que abarquen toda la tierra”.

También en el 27, asegura que si pensamos en la miseria del alma cristiana, en los gemidos sobre la corrupción interior, en la preocupación por la salvación: concepciones todas que no dimanan sino de errores de la razón, no merecen en modo alguno satisfacción, sino la destrucción...

O más aún en el epígrafe 100, cuando Nietzsche no trepida en expresar que, lo trágico de las afirmaciones falsas es que no se pueden creer esos dogmas de la religión y de la metafísica, cuando se tienen “...en la cabeza y en el corazón el estricto método de la verdad...” Pero es aún más trágico; es que “...nos hemos vuelto, por la evolución de la humanidad, tan tiernos, exitables y apasionados, que tenemos necesidad absoluta de medios de salvación y de consuelo del género más elevado...”

Es por ello que Nietzsche prefiere comprender, en una inversión de los valores morales, que de allí proviene también el peligro de que el hombre se sienta herido al contacto con la verdad; herido por seguir el sentido de la moral cristiana y reciba el error sin experimentar el dolor de tal desfiguración atormentada, como lo dice Horacio, con designios eternos, para cuya corrección, también el poeta consigna un cambio de valores y aconseja “tenderse bajo el alto plátano o bajo este pino...”, volcando ese dolor hacia la quietud placentera que los valores de la naturaleza habrán de proveerle” (*Humano, demasiado humano* es de 1878).

Transvalorización de los valores recurridos por una religión cristiana de dolor y sumisión, tornando al hombre que los padece, en otro hombre, en otra figura que puede parecer idéntica pero debe ser otra; que muestre valores distintos a los conocidos, entregando otra verdad, alejada de la moral cristiana, cuya verdad incommovible, terminó para Nietzsche de volverse contra sí misma.

Es tentador seguir el trazo tropológico que la literatura de Jorge Luis Borges ofreció, en esa memorable página metafórica que llamó "Pierre Menard, autor del Quijote..." Aunque a lo mejor convendría calificar a esta invención de transvalorización narrativa, como hace el propio Borges, llamándola "nebulosa sofistería...", ligando este mágico relato, a simples o profundas apariencias, cambios fingidos, búsqueda de otros grados, de otras cualidades o significaciones.

Lo sorprendente, o no tanto, es que una de las críticas ficticias elegida por Borges, "la de la baronesa de Bacourt..." pensando en el Quijote de Pierre Menard, indique en el propio mito del relato, la influencia de Nietzsche sobre tal, esa interpretación. En su intervención cierta, Borges ponderará como irrefutable la interpretación de la ficticia Baronesa.

Claro que son distintas similitudes y el incomparable ingenio de Borges ofrecerá razones de las mismas, continua vocación de edades diferentes, que hacen distintas aún la idéntica frase simulada sobre la verdad en Cervantes y en Menard. Ambos dirán que la historia es la madre de la verdad, tal como lo cree Borges, pero los tiempos, el estilo, aún en la identidad del texto, serán atribuidos en el juego mágico borgeano, como partes ineludibles de las diferencias. También lo serán para los tiempos de la moralidad cristiana y los de la nueva moral del nuevo superhombre nietzscheano.

Como Menard, Nietzsche multiplicó los borradores, corrigió tenazmente miles de páginas que sobrepasaron su propia vida, para edificar los valores que debían reemplazar aquellos de la modernidad que derrumbaba.

Y también como Borges creyó, Nietzsche modeló un pensamiento que, la mágica pirueta literaria borgeana, fijó como valor creado, ese que indicaba que "todo hombre debe ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será..." (J. L. Borges, Ficciones. Alianza Editorial, 1998, p. 55).

Seguramente lo será, en tanto exprese las respuestas que la realidad social muestra, en sus antagonismos, deformaciones y esperanzas, devenidas de tal historia; devenida de las luchas que la multitud explotada desarrolla para acercarse a las rupturas de las tramas que sostienen tal explotación.

Menard tiene la responsabilidad de cambiar los valores del Quijote y aunque ni siquiera se prepare para ello, su escritura, ficticia, plena de ilusión, dueña de una técnica distinta, con valores que parecen idénticos a los reemplazados, solo son parte de la transmutación que ejerce cambios sociales y la renovación indiscutible de los sutiles anuncios poéticos, espirituales, literarios que producen otras voces, en cuando se disponen a expandirse desde otros ámbitos...

Estos recorridos obligan a repensar con Heidegger, que las diferencias de significaciones, como las de los Quijotes, también son válidas para articular distancias y relacionar las diferencias con lo diferente; los valores del cristianismo amparando lo burgués, para percibir toda diferencia posible, en mundos cuyas diferencias certifican las distancias entre textos, verdades que señalan, a la victoria de lo diferente como prueba de la persistencia de lo antagónico.

Entonces es tiempo de observar con plena conciencia, los pasos del derrumbe del modernismo, en el trabajo patético de Friederick Nietzsche.

En Lenzerheide

El año 1887 tenía una advertible sobrecarga creadora para la estructura filosófica nietzscheana, sobre todo si se separa que escribirá el 10 de junio de ese año un memorable y brevísimo fragmento localizado en Lenzerheide y antes de concluir julio, también de ese año, aquellos papeles que él mismo llamó, *Un escrito polémico*, y que se constituirán como *La genealogía de la moral*, parte de su monumental elaboración sobre el derrumbe del pretendido y triunfal desarrollo de la modernidad.

Era el 10 de junio de 1887 y en Lenzerheide, comienza observando la hipótesis moral cristiana, seguramente ponderada como el edificio más significativo de la estructura de sostén del mundo que Nietzsche cuestionaba con intensidad.

Decía que era posible asignarles tres ventajas a la hipótesis de la moral cristiana. Una, expresada en el otorgamiento al hombre de un valor absoluto en contraposición, con su pequeñez y accidentabilidad en la corriente del devenir y del perecer.

La otra ventaja es que sirvió a los abogados de Dios porque dejó al mundo el carácter de la perfección a pesar de sufrimientos y males que lo acosan y así el mal apareció lleno de sentido.

Y la tercera ventaja, casi como consecuencia de la primera, postuló para el hombre un saber de valores absolutos y así le asignó conocimiento adecuado para lo más importante.

Nietzsche señala que con tales ventajas evitó que el hombre se despreciara como hombre inclinado contra la vida, que desesperara del conocer y le otorgó un instrumento para su conservación. Esa moral fue así, el mayor antídoto ofrecido contra el nihilismo práctico y teórico, levantando una barrera posible, sostenida esencialmente desde un valor absoluto del ser humano, en búsqueda de la perfección moralmente prometida.

Pero tal antídoto contra el nihilismo, como todo fármaco, lleva en su potencia la cualidad de remedio y de veneno; de beneficio y de nocividad para la salud y así la moral transmitida por siglos, tenía en su seno la fuerza de la veracidad y esta se volverá contra la oral advirtiéndole sus objetivos de las causas finales, sus intereses en la contemplación pregonada y así, en su condición descubierta de anti-antídoto, de anti-medicamento, de veneno sobre la teleología de la moral y de su contemplación interesada, será quien detecte, reconozca, la mendacidad, la costumbre impuesta desde la mentira, edificadora de esa segunda naturaleza y desarrollará el estímulo necesario hacia el nihilismo.

Nietzsche trasladará su observación a la Europa de su tiempo y allá comprobará que ya no se percibe una vida tan incierta, azarosa y absurda, por lo cual, el poder adquirido por el hombre permite entonces, en su Europa, una atenuación del disciplinamiento que la moral implantada proyectó. Es entonces que exclamará: Dios es una hipótesis demasiado extrema!

Aquí es donde se encuentran los restos genealógicos de los seres humanos, desde donde este Nietzsche demiúrgico, creador y ordenador de un mundo cuyas razones le imprimen las condiciones de la Europa que percibe y contempla como pocos, un derrumbe de la modernidad, que ha de obligar a otras construcciones.

Si Dios es una hipótesis demasiado extrema y tal hipótesis debe ser destruida, con la certeza de que “Dios ha muerto...”, es necesario reemplazar el orden moral del mundo, levantándolo desde tal reparo, considerado mendaz.

El nihilismo dicta su tránsito; es el nihilismo de la Europa que decía armar en plenitud su modernidad. Ahora todo es en vano, no hay objetivo, ni fin y tal como lo enuncia Nietzsche, “sobre todo cuando se comprende que se está siendo burlado y, sin embargo no se tiene poder para no permitirlo...”. Es el nihilismo nietzscheano, sin reparos posibles, sin esperanzas, que ha retornado sobre sí. Es el eterno retorno de la falta de sentido, de la nada eterna.

El espíritu creador de Nietzsche produce una vuelta de tuerca infernal, señalando para siempre, aun para los que lo olvida, o lo niegan, que él está allí situado, para negar las causas finales, porque si la existencia tuviese un fin, ya lo habría alcanzado.

La concepción metafísica también se derrumba, permite advertir que la moral impuesta ha estado instalada para proteger a la vida contra la desesperación, contra el tránsito que parecía inevitable, de certera inexorabilidad, del hundimiento en la nada entre los hombres y sobre todo, en palabras ardientes de Nietzsche, “...entre los hombres y las clases brutalizadas y oprimidas por otros hombres...”.

En el pensamiento nietzscheano no es frecuente escuchar tanta decisión y precisión para determinar a los sujetos hundiéndose en la nada y más aún, recalcar que es “...el sentimiento de nuestra impotencia frente a otros hombres y no frente a la naturaleza lo que engendra la amargura más desesperada contra la existencia...”.

No cuesta mucho proyectar esta situación de relaciones sociales entre los hombres, considerados como portadores de las diferentes formas de la individualidad requeridas y generadas por el modo de producción de esa, la Europa moderna del Nietzsche que comprende críticamente a “...hombres y clases brutalizadas y oprimidas por otros hombres...”, aunque aún no proyecte tal titularidad, como ejercicio, como portación, como sujetos portadores de las condiciones globales del sistema social de tal Europa.

Ha descubierto sus efectos y así, palpados con despiadada realidad, el camino hacia las causas, hacia la presencia de la estructura en los mismos, está otra vez dramáticamente desesperado. Nietzsche cree que para ello se hace necesario el derrumbe de tal modernidad, aunque en complejidad conceptual, ello suceda desde otros ángulos, o valoraciones, pero siempre enredadas en las esenciales condiciones del poder.

El desarrollo de sus argumentaciones no son diáfanas, tiene por el contrario la densidad propia de un nuevo mundo en formación y por lo tanto plena de complejidades y asperezas constituyentes.

La moral referida, cuya genealogía debe ser esclarecida y desde allí, describir su derrumbe, es la que ha considerado a quienes detentan el poder y con él la fuerza, como enemigos del hombre común y de los cuales deben ser protegidos.

Pero por consiguiente, esa moral ha enseñado a odiar, despreciar, es decir, hasta negar toda aproximación o complicidad y menos aún, ejercitar por parte de los seres comunes, la voluntad de poder.

Si se suprimiera, negara o invalidara esta moral, aparecería una sensación y valoración inversa. Así el oprimido, el integrante de las clases brutalizadas, perdería esta relación de la moral

históricamente dominante y dejaría de creer, en su comprensión inversa, que tiene derecho a despreciar la voluntad de poder, estaría deslizándose a un vacío tumultuoso e insuperable de “una desesperación desesperanzada”, señala el Nietzsche del nihilismo, negador de todo espíritu rebañil.

Esta desesperación llegaría a tal patetismo, que el oprimido percibiría que está colocado al mismo nivel del opresor, de que no tiene frente a él ninguna gracia, privilegio o prerrogativa, ni rango superior. De tal patetismo desesperanzado, históricamente fue protegido por esa moral que edificó un simulacro de su defensa divina, en tanto se hundía en la dependencia frente a los poderosos y se convertía en componente de esas clases brutalizadas y oprimidas.

Pero Nietzsche replica con cierta insolencia de creador sin límites de un mundo que está, “más bien a la inversa...”, que no hay nada en la vida que tenga valor, excepto el grado de poder, admitiendo que la vida misma es voluntad de poder.

Ahora han de llegar algunas consideraciones que buscan precisión, al parecer con la moral para con los poderosos, pero aparecerá un exabrupto nietzscheano, modalidad frecuente en la asignación de categorías filosóficas, que en él explica el calor y la agudez, esplendor y en “criollo”, diríamos la viveza, con que prorrumpen a decir, enseñar, o filosofar cuando no era esperable o aguardable en un discurso o razonamiento común, tales asignaciones.

En este caso dirá que la moral históricamente diseñada protegerá a los mal-librados contra el nihilismo, atribuyendo a cada uno, un valor infinito, es decir absoluto, otra vez metafísico, aún fuera de las asignaciones nietzscheanas, integrándolos, a una articulación jerárquica que no ha de ser coincidente, de ninguna forma, con la del poder y la jerarquía mundanos, esa de la moral de la resignación, la humildad, el sometimiento, la culpa, el arrepentimiento.

Allí es donde Nietzsche señala que, si tal moral se derrumbara, estos mal-librados de su exabrupto categorial no tendrían otro destino que su desconsuelo y sucumbirían.

Nos parece conveniente alejarnos de toda exactitud necesaria para el exabrupto de los “mal-librados”, sobre todo, porque para Nietzsche, no tiene carácter político, su agudeza filosófica y además nos perturbará aún más, si eso es posible, diciéndonos a continuación que “la clase más insana del hombre europeo...” y anota también sorprendentemente, “en todas las clases”, es el terreno en que crece ese nihilismo, que él denomina “activo” y que aparece en circunstancias más favorables que las oprimentes circunstancias de “Dios, moral, resignación...” contra el terrible grado de toda miseria.

Entonces volvamos a creer, que los “mal-librados” de Nietzsche, de ese exabrupto lleno de conjeturas y desmesuradas aproximaciones a una categoría fundamental, si se les suprime la moral que les otorgó a cada cual, un valor infinito, absoluto, metafísico, se derrumbará y ellos, los mal-librados, privados de ese soporte, sucumbirían.

Y hemos vuelto a ellos, a esta conjetura como juicio probable según las señales que el propio Nietzsche pondera, con la realidad de la Europa que enjuicia, porque si sucumben, este sucumbir es observado como una autodestrucción. El filósofo piensa que ha de tratarse de “...una selección instintiva de aquello que tiene que obrar la destrucción...”.

Señala como síntomas de esa autodestrucción, la autovivisección, la intoxicación, la embriaguez, el romanticismo y sobre todo, la necesidad instintiva de realizar actos con los cuales, genera sus propios enemigos mortales; sus propios verdugos. Los ha de coronar en lo que llama la voluntad de destrucción, la voluntad hacia la nada.

Quedan aquí conmovedoras interpretaciones, de nuestro tiempo, frente a tanta intensidad nietzscheana de ese casi final del siglo XIX, hacia la destrucción de la modernidad.

Ese mundo creado desde una realidad europea que consigue un intérprete, atrevido, sagas y “vivo”, nos obliga a evitar síntesis en el sentido ya señalado; pero a no mezquinar exactitudes, si es que de tales concisiones puede hablarse, para corresponderlas con nuestros tiempos.

Por razones lingüísticas, pero proyectadas hacia toda posibilidad teórica de extensión, reparemos que Nietzsche, en esta autodestrucción de los mal-librados, repite con intensidad que estamos en presencia de una selección instintiva de lo que ha de operarse para llegar a esa autodestrucción, de tales necesidades para crearse sus propios verdugos.

El discurso se instala aquí, con intensa resonancia individual; es Nietzsche, creando su ámbito, en el seno del hombre como potencia indiscutible, tanto en cuanto es sometido por el dominio de la moral impuesta, como en cuanto dispone de sus capacidades autodestructivas y generar sus propios enemigos. Ese hombre nietzscheano conduce su propio estilo, con las características de un ser que no resigna, ni su voluntad hacia la nada, ni su capacidad de construir su nihilismo propio, recostados en su potencia, en su poder, en tensión a su inexpugnabilidad.

En este caso de los mal-librados, la ubicación reiterada, hace base en selecciones instintivas, es decir de pleno recorte individual, planteado como la potencia interior que determina la vocación del hombre, de toda calidad real, a su propia reproducción y conservación, aunque en ello se instale su propia voluntad de destrucción.

Nietzsche ha percibido el derrumbe de la modernidad, y lo ha anunciado, como razón real de las propias fuerzas que la moral había desarrollado por producir su sociedad.

No cuesta demasiado aceptar la similitud que Marx descontará sobre la autodestrucción del capitalismo, aunque en este caso las relaciones sociales están impulsadas por las contradicciones que el sistema productivo contiene en su propio desarrollo.

Es que, en tal caso, para nuestra sociedad, como en la sociedad del derrumbe de la modernidad y proyectada ahora sobre la acumulación capitalista postfordista, la clase obrera desarrolla su potencialidad transformadora dentro del capitalismo¹ y se constituye así en el único antagonismo insoluble para ese capital. El capitalismo crea sus propias condiciones de autodestrucción, en la medida que la clase obrera, se autoorganizará como clase revolucionaria, como multitud explotada.

Cuanto más se perfecciona el sistema, tanto más se advierte la condición antagónica de la clase obrera y así hará imposible la supervivencia del mismo, produciéndose la ruptura social que señale su destrucción, no desde la autodestrucción de su voluntad hacia la nada, sino

¹ No es dentro del capitalismo, sino “la clase obrera, la multitud explotada, desarrolla su potencialidad, desde su propia autonomía, en el empuje de su autovalorización, en terminante antagonismo con el capitalismo.

Antagonismo con fuerza propia para derrumbar la explotación, autonomía como expresión de la raíz de clase, inconfundible de los trabajadores (en términos improcedentes “como raíz ontológica de la clase”) que construyen así su autovalorización social. No es superación de ninguna síntesis dialéctica, es construcción propia, del común, de las relaciones sociales de ese común, antagonizando con toda fórmula de dominio que no sea el propio.

como potencialidad revolucionaria destructiva, de una sociedad que tiene en su seno, la capacidad de creación de valor para transformarse.

Aquí llegan identidades esperanzadas. Aparecerán, como presiente Nietzsche, aquellos que aman una buena porción de azar, de absurdo, de seres que no se sientan empequeñecidos, debilitados, los más sanos, los que puedan soportar las mayores desgracias y que no las teman, es decir, hombres que están seguros de su poder, orgullosos de la potencia alcanzada por el hombre que constituyen.

Son identidades del devenir. Marx enseñó que serán los hombres y mujeres protagonizando el poder de la clase trabajadora, sin pequeñeces, ni debilidades, compuestos para definir sus fuerzas listas a soportar desgracias, derrotas y triunfos, sin temores que los silencien o paralicen, componentes de la clase que construye su propio poder y conscientes que la autodestrucción de este modo de producción competitivo, será obra de su propia práctica social autónoma; en el seno de su multitud de explotados que se resisten y se rebelan.

No puede, ni debe buscarse y menos aún lograrse una identidad, o similitud: Nietzsche fue fiel a su individualismo intuitivo, de una exquisita y propia racionalidad, centrada en el hombre acosado, oprimido por una moral que debía derrumbarse y producir la autodestrucción del sistema. Él lo anunció y entonces es digno de una observación tolerante, con sentido activo, para elogiar así tanta intuición histórica, desde tamaña soledad conmovedora.